

Activismo transnacional y solidaridad, de Cuba a Centroamérica

Transnational activism and solidarity, from Cuba to Central America

Resumen: La revolución cubana fungió como un punto de referencia para la movilización y el activismo transnacional (principalmente, pero no exclusivamente, de las Nuevas Izquierdas) al renovar prácticas, discursos e imaginarios en torno al internacionalismo, la solidaridad y las luchas anticapitalistas. No sólo el apoyo y el reconocimiento a grupos guerrilleros en diversos países por el gobierno cubano, también fueron eventos como el Congreso Tricontinental (1966), la fundación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS, 1967), eventos culturales como los que organizaba Casa de las Américas, los que ampliaron los repertorios de la acción colectiva, al construir redes de sociabilidad y permitir el intercambio de información. Veinte años después, emergió un activismo transnacional orientado a movilizar apoyos a favor de los procesos revolucionarios en El Salvador, Guatemala y Nicaragua a partir de un discurso que denunciaba las violaciones a los derechos humanos por los gobiernos salvadoreño y guatemalteco, se identificaba con las reivindicaciones a favor de la igualdad y justicia social de las organizaciones revolucionarias y señalaba la injerencia militar del gobierno estadounidense como mayor obstáculo para la paz, la democracia y el desarrollo de la región. A partir de constatar estos dos momentos entrelazados, el artículo señala continuidades, innovaciones y tensiones dentro del activismo transnacional que acompañó los dos grandes procesos revolucionarios y busca aportar al debate sobre las dinámicas por medio de las cuales prácticas, discursos e imaginarios colectivos se van adaptando a nuevos momentos y coyunturas históricas.

Palabras clave: Nueva Izquierda, movimientos revolucionarios, internacionalismo.

Abstract: The Cuban revolution was an important point of reference for transnational mobilization and activism (mainly, but not exclusively, of the New Left) by renewing practices, discourses and imaginaries around internationalism, solidarity and anti-capitalist struggles. Not only the support and recognition of guerrilla groups by the Cuban government in various Latin American countries but also events such as the Tricontinental Congress (1966), the founding of the Latin American Organization of Solidarity (OLAS, 1967) and cultural events such as those organized by Casa de las Americas expanded the repertoires of collective action. Also helped building networks of sociability and allowed the exchange of information. Twenty years later, transnational activism emerged again to mobilize support for the revolutionary processes in El Salvador, Guatemala and Nicaragua by denouncing human rights violations by the Salvadoran and Guatemalan governments. This activism promotes the demands of equality and social justice defended by the revolutionary organizations in the region, and criticizing the military interference of the US government as the most important obstacle to peace, democracy and development in the region. This article discusses continuities, discontinuities and innovations within transnational activism in support of these two revolutionary processes and aims to contribute to the debate on the ways through which social agents adapt practices, discourses and social imaginaries to new moments and political dynamics.

Keywords: New Left, revolutionary movements, internationalism.

Fecha de recepción: 21 de agosto de 2017

Fecha de aceptación: 30 de octubre de 2017

Activismo transnacional y solidaridad, de Cuba a Centroamérica

Kristina Pirker*

Introducción

Las crisis revolucionarias son “tiempos calientes” en cuanto a la producción de imaginarios sociales, y el hecho mismo de la revolución, con su épica de situaciones heroicas y traiciones, da a la imaginación social universal un impulso particular (Baczko, 2005: 39). En la segunda mitad del siglo veinte, uno de los acontecimientos sociales y políticos más significativos en este sentido fue la revolución cubana, que contribuyó a la formulación de un “gran relato” respecto a las posibilidades revolucionarias en los países del Sur Global. Cuba ocupó un lugar destacado para la subjetividad política de la Nueva Izquierda, al afianzar una fe compartida en la inmediatez de la revolución, lo que favoreció la internacionalización de los mundos sociales del activismo político. La toma de poder por parte del ejército guerrillero encabezado por Fidel Castro, el ritmo acelerado de los cambios políticos y estructurales en la isla, la ruptura con Estados Unidos y, en 1961, la declaración del carácter socialista de la revolución fueron acontecimientos que reforzaron un sentido de época, según el cual las posturas beligerantes de un grupo creciente de países del mundo descolonial, los cuestionamientos tanto al imperialismo estadounidense como al socialismo burocrático de la Unión Soviética formaban parte de procesos mundiales de movilización, politización y radicalización simultánea, y cuyo centro se ubicaba en los países del Sur global. En este sentido, es necesario pensar Cuba como un evento privilegiado y crucial dentro de un ciclo mundial de movilizaciones que caracterizó los “largos años sesenta”, otorgándole un significado político y cultural particular como “movimiento mundial-histórico” (world-historical movement) que se identificaba no sólo por la expansión de nuevas prácticas de acción colectiva, sino también por la difusión global de ideas, valores y aspiraciones basadas en la premisa de las potencialidades inherentes a los seres humanos para liberarse de las coacciones y tabús propios de la sociedad moderna tanto del capitalismo como del socialismo soviético y, por tanto, el inicio de una nueva época histórica. Dentro de esta nueva sensibilidad social los valores de cooperación, solidaridad e internacionalismo ocuparon un lugar central (Katsiaficas, 1987: 6).¹

Veinte años después, otra revolución triunfante –esta vez en Centroamérica– abrió “el campo de lo posible” (función que Reis Filho (1990) asigna a las revoluciones (pp. 95-96) citado en Palieraki 2014: 160). La victoria sandinista en Nicaragua en 1979 y el carácter insurreccional de la movilización social en El Salvador y Guatemala parecían ofrecer otra oportunidad a las revoluciones latinoamericanas para superar los “años de plomo” de los Estados de Seguridad Nacional. Si bien en retrospectiva las esperanzas resultaron efímeras al coincidir los procesos revolucionarios con el ascenso del neoconservadurismo, la crisis de los Estados desarrollistas y la formulación de la agenda económica neoliberal, en sus mejores

* Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigadora-profesora del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora (Ciudad de México), Co-coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO “Antiimperialismo, democracia, modernización”

¹ Para Katsiaficas, retomando a Marcuse, “World-historical movements define new epochs in the cultural, political, and economic dimensions of society. *Even in failure* [cursivas en el original], they present new ideas and values which become common sense as time passes. World-historical movements qualitatively reformulate the meaning of freedom for millions of human beings. The massive and unexpected strife and the international proliferation of new aspirations signal the beginning of a new historical epoch.” (Katsiaficas, 1987: 8)

momentos movilizaron a miles de simpatizantes, provenientes de diferentes países y regiones del mundo, que así como denunciaron las violaciones a los derechos humanos de los gobiernos salvadoreños y guatemaltecos y el intervencionismo de Estados Unidos, buscaron también apoyar de manera activa a los procesos revolucionarios. Por su parte, tanto el gobierno sandinista como las organizaciones político-militares de El Salvador y Guatemala consideraron a las redes transnacionales de solidaridad sus aliados estratégicos para denunciar la injerencia del gobierno estadounidense y encarar el aislamiento internacional (Perla, 2009; Cortina Orero, 2016; Perla Jr., 2008). Por su parte, las redes y grupos del activismo transnacional en apoyo a Centroamérica reprodujeron valores, imágenes y prácticas de solidaridad de los primeros años de la revolución cubana, confirmándose en este sentido la tesis de Thomas C. Wright respecto a la existencia de un ciclo político en América Latina que inició con la revolución cubana y finalizó con la derrota electoral de Nicaragua en 1990 (Wright, 1991).

Aunque este artículo comparte en lo sustantivo la periodización propuesta por Wright, la revisión de estudios de caso publicados en los últimos años sobre grupos nacionales de solidaridad con El Salvador, Guatemala o Nicaragua, así como mis propias investigaciones sobre la solidaridad mexicana con El Salvador (Pirker y Núñez Rodríguez, 2016), invitan a explorar las pequeñas modificaciones y adaptaciones que se fueron dando en prácticas e imaginarios dentro del mismo ciclo para responder a los cambios en las coyunturas políticas nacionales e internacionales. Partiendo de estos planteamientos, las adaptaciones que se dieron en prácticas y discursos de la solidaridad (por más mínimas que podrían parecer desde la distancia), incidieron en las maneras de pensar el sentido y la razón de ser de las revoluciones, así como en la actualización de los propios principios de solidaridad, cooperación e internacionalismo; premisas que históricamente han jugado un rol importante dentro de las representaciones colectivas de los mundos sociales del activismo de izquierda y que contribuyeron a la constitución de un nosotros más allá de las fronteras nacionales. En este sentido, el artículo pretende, por una parte, dar cuenta de continuidades y discontinuidades en los imaginarios y prácticas de la solidaridad que caracterizaron la revolución cubana, y por otra parte, basándose en la revisión y comparación de los estudios de caso sobre Nicaragua y El Salvador, ofrecer una primera aproximación reflexiva sobre los factores y las dinámicas por medio de las cuales ciertas representaciones globales –como, por ejemplo, determinados modelos de revolución social y política, nociones en torno a la militancia, el activismo o la participación- se van transformando.

Nueva Izquierda y activismo transnacional

Solidaridad e internacionalismo como práctica, ideal o anhelo de un nuevo tipo de relación entre Sur y Norte caracterizaron a la Nueva Izquierda de las décadas de 1960 y 1970 y contribuyeron, con el tiempo, a la construcción de un nuevo campo temático en el estudio de las relaciones internacionales y la sociología política en torno a los movimientos sociales transnacionales o la emergencia de una sociedad civil global como nuevos fenómenos de la globalización después del fin de la Guerra Fría. Pero, como bien han explicado tanto Arrighi, Hopkins y Wallerstein (1999) como Sidney Tarrow (2004) en sus estudios sobre movimientos sociales y acción colectiva, los fenómenos de movilización social que trascienden fronteras nacionales y reúnen a personas, que comparten valores, ideas y principios de acción, además de identificar a los mismos adversarios (nacionales o extranjeros) han existido desde mucho antes. Para los teóricos de los movimientos antisistémicos, al menos desde que se fue formando el sistema-mundo moderno con sus contradicciones producto del conflicto entre

capital y trabajo, y de la constitución de los Estados-nación, la movilización social adquirió alcances transnacionales (Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1999).

Por otra parte, Tarrow señala que la difusión de diversas formas de acción colectiva más allá de las fronteras nacionales (pensando, por ejemplo, en el trabajo misionero de diversas iglesias o el trabajo político de las Internacionales), tiene siglos, si bien no siempre en la modalidad de los movimientos sociales que, según la definición del autor norteamericano, requieren de bases locales fuertes y continuas en el tiempo. Por esta razón, la forma más frecuente de acción colectiva en el ámbito internacional ha sido las “redes transnacionales de denuncia”, que conectan a activistas y organizaciones de distintos países, que comparten valores y un discurso similar, para intercambiar información y servicios y realizar acciones en conjunto. Para Tarrow, estas redes son relevantes para el cambio político en el ámbito local o nacional porque contribuyen a la difusión de marcos de acción colectiva y sirven como un recurso adicional para actores que no cuentan con recursos suficientes o con foros públicos y buscan impulsar sus reivindicaciones en contextos nacionales autoritarios y excluyentes. En estos casos, el ámbito internacional y los espacios públicos de otros países pueden ofrecer alternativas para difundir demandas específicas y atraer aliados internacionales, lo cual permite a la vez incidir en las correlaciones de fuerzas en el ámbito doméstico (Tarrow, 2004: 255-271).

Si bien hay consenso sobre la existencia de estas redes transnacionales y la importancia de intereses, valores, principios de acción y objetivos compartidos para que funcionen —sea en sus versiones más efímeras y espontáneas, o más generalizadas, continuas y organizadas— (Tarrow, 2004: 261, Fox, 2005: 178), las implicaciones de la vinculación de actores provenientes de distintos contextos nacionales y organizativos para la transferencia de prácticas organizativas, discursos y representaciones sociales se han analizado mucho menos. En el caso del activismo transnacional de los procesos revolucionarios de Cuba, Nicaragua o El Salvador, que abarca un periodo de más de 40 años, el estudio de las redes de solidaridad y del activismo transnacional se ha enfocado, por lo general, en los propósitos y mensajes de las organizaciones insurgentes, o en las formas organizativas y actividades de los grupos de solidaridad. Pero para dar cuenta de lo multifacético y complejo de estas redes, y de los cambios que ocurrieron tanto en las prácticas como en los imaginarios sociales de la solidaridad transnacional se deben incorporar los dos planos del análisis, es decir, tanto la función del internacionalismo y de la solidaridad dentro de los mismos proyectos revolucionarios de Cuba y Centroamérica, respectivamente, como la recepción, apropiación e incluso resignificación de estos valores y representaciones por los y las activistas de la solidaridad transnacional inmersos en sus propios contextos políticos e historias nacionales. Propuestas analíticas de autores como Tarrow, Benford y Snow permiten identificar las razones por las cuales los protagonistas revolucionarios apostaron a la solidaridad internacional. Por ejemplo, como señala Perla, el movimiento de solidaridad con Centroamérica en Estados Unidos actuó como una “luz de bengala” para alertar a la opinión pública sobre los costos humanos de la intervención estadounidense en la región (Perla Jr., 2008). Pero estas propuestas analíticas con su énfasis en la racionalidad y los intereses, difícilmente permiten reconstruir el significado que la solidaridad adquirió para otras personas, y las impulsó a invertir energía, tiempo y recursos a favor de procesos revolucionarios lejanos a sus propios países. La noción de marcos cognitivos de acción propuesta por Benford y Snow (2000), parece útil para analizar la inserción de los dispositivos simbólicos de colaboradores y simpatizantes externos dentro de ciertos encuadres globales que permitieron formular, intercambiar y hacer inteligibles diagnósticos, pronósticos y propuestas de acción. Pero el concepto de imaginario social parece aún más sugerente para

este propósito, al referirse no sólo a las dimensiones comunicables de las razones de la acción, sino también, tal como lo ha señalado Bronislaw Baczko (2005), a determinados esquemas colectivos de interpretación, a recuerdos y representaciones del pasado cercano o lejano que influyen en la codificación de las expectativas y esperanzas de las experiencias individuales (p. 30). Los imaginarios sociales, al articular una dimensión fáctica y una normativa, permiten construir ideas acerca de cómo funcionan ciertas estrategias organizativas, redes y modos de acción, cómo deberían funcionar, y qué tipo de desviación los invalidaría en la práctica (Taylor, 2006: 38).

Para el escenario histórico que estudiaremos en este artículo, el concepto de imaginario resulta clave porque la solidaridad como valor y como principio de la acción transnacional jugó un papel importante en el universo simbólico de la Nueva Izquierda. Sus integrantes, como bien señala Katsiaficas (1987), se sentían parte de un movimiento histórico – continuidad de los ciclos revolucionarios de 1848, 1905, 1917-, así como de un proceso mundial, en el cual las luchas anti-imperialistas y de descolonización ocuparon un lugar central (p. 11). Por estas razones la solidaridad internacional jugaba un rol central como puente entre colectividades heterogéneas, para las cuales las prácticas y discursos del internacionalismo y la cooperación para un fin trascendental (la revolución, liberación y emancipación de los seres humanos) permitían identificar afinidades y oposiciones en la búsqueda por precisar los límites desbordantes de una identidad colectiva siempre difusa (Baczko, 2005: 11-12).

Cuba, 1960s: “El deber de todo revolucionario es hacer la revolución” (Fidel Castro)

Si bien la revolución cubana significa un hito para el activismo transnacional y el ideario de la solidaridad internacional en América Latina, hubo acontecimientos previos que prefiguraron dispositivos de cooperación basados en la identificación de valores e intereses en común. Así, por ejemplo, la lucha de Augusto César Sandino en contra de la ocupación de Nicaragua por los marines estadounidenses provocó en toda América Latina (e incluso en algunos sectores dentro de Estados Unidos) muestras de solidaridad que abarcaban desde reportajes periodísticos sobre el “General de los hombres libres”, campañas de denuncia de la injerencia imperialista, colecta de fondos e, incluso, la participación de simpatizantes extranjeros en el ejército guerrillero (Wunderlich, 1995; Galicia Martínez, 2015). Dos décadas después, el Pacto del Caribe (1948), expresó el acuerdo entre un grupo distinguido de políticos liberales de Centroamérica y el Caribe, exiliados por los dictadores de sus respectivos países, de apoyarse mutuamente en sus luchas por la democracia en sus respectivos países por medio de la organización de expediciones militares para derrotar a los gobiernos autoritarios (Camacho Navarro, 1997). Dicha colaboración, que involucró principalmente a exiliados de Nicaragua, Costa Rica y de la República Dominicana y contó con el apoyo del gobierno revolucionario de Guatemala, constituye un referente importante, si bien opacado por la experiencia cubana de 1959, para comprender mejor de qué manera una tradición insurreccionalista latinoamericanista de raíces liberales preparó el terreno para un activismo transnacional que veía en la lucha armada una estrategia legítima y viable para luchar por reivindicaciones democráticas y enfrentar regímenes dictatoriales.

En este sentido, la “innovación” cubana en cuanto a objetivos y métodos –y que explica el grado de atracción y proyección en el ámbito internacional, más allá del continente americano- se ubicaba por una parte en la profundización y radicalidad de las transformaciones guiadas por los principios de igualdad y justicia social, y una perspectiva tercermundista impulsada por Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara que abarcaba desde

América Latina a todo el Sur Global. En sus posturas tercermundistas se condensaron antecedentes internacionales con las nuevas condiciones geopolíticas como la formación y ampliación del Bloque de los no alineados, los procesos de descolonización en África y Asia que contaban con sus propias redes de solidaridad y alianzas transnacionales (Gilman, 2003: 44-52), así como la aparición de nuevos escenarios y líneas de confrontación ideológica en los países del Sur que articulaban la confrontación Este-Oeste de la Guerra Fría con dinámicas internas (Saull, 2004; Mayer, 2011: 82-83). Para la construcción del discurso y la práctica tercermundista cubana resultó decisivo su lugar dentro de las relaciones internacionales: a pesar del alineamiento con la Unión Soviética a partir de 1962, después de la crisis de los misiles, la actitud de la principal potencia socialista hacia la isla fue pasiva, en contraste con el permanente hostigamiento y asedio por parte de Estados Unidos y sus intentos internacionales por aislar política y económicamente a la isla. Las posturas distantes y hostiles de la mayoría de los gobiernos europeos y latinoamericanos (con excepción de México) profundizaban en la década de 1960 el aislamiento diplomático de Cuba, lo cual contrastaba fuertemente con el interés, la efervescencia y el apoyo solidario expresado por organizaciones de izquierda, movimientos sociales y redes de artistas e intelectuales (Hernández, 2009: 21). En este contexto, desde la perspectiva de los revolucionarios cubanos era consistente con su proyecto revolucionario, además de estratégico para su supervivencia, apostar al fortalecimiento material, financiero y simbólico de grupos insurreccionales provenientes de diversos lados del mundo (pero principalmente de América Latina) y mantener márgenes de independencia de las políticas y estrategias soviéticas contraviniendo de esta manera los posicionamientos gradualistas de la mayoría de los Partidos Comunistas alineados con la Unión Soviética. Parte de la estrategia era, también, sumar aliados no gubernamentales, tanto políticos como intelectuales, dispuestos a incidir en sus respectivos países a favor de las posiciones cubanas y denunciar las políticas de asedio del gobierno estadounidense (Wright, 1991: 34). En consecuencia, la convocatoria a la Conferencia Tricontinental (del 3 al 15 de enero de 1966), a la que asistieron 483 delegados de diferentes organizaciones y movimientos de liberación nacional provenientes de América, Asia y Europa y la fundación de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL) en el mismo año, así como la Organización de Solidaridad de América Latina surgida en 1967, formaron parte de una apuesta cubana por crear estructuras adecuadas que permitieran enfrentar el aislamiento diplomático ofreciendo bases cada vez más sólidas para la interacción transnacional entre activistas y militantes provenientes de distintos países y motivados en los ideales tercermundistas de cooperación, intercambio y apoyo mutuo. Por otra parte, las actividades de la institución cultural Casa de las Américas (encuentros culturales, premios literarios, actividades editoriales, etcétera) y la convocatoria a foros intelectuales, como el emblemático Encuentro de intelectuales en la Habana en 1968, expresaron esta misma intencionalidad pero enfocada al campo intelectual y artístico: es decir, la creación y consolidación de espacios para el intercambio, la asociación y la interacción transnacional en torno a un principio de unificación: fortalecer un espíritu y una identidad tercermundista en cuyo centro se encontraba Cuba y su proceso revolucionario (Gilman, 2003: 81ss). La presencia pública o clandestina de dirigentes y militantes de grupos radicales estadounidenses en Cuba –específicamente del movimiento radical afroamericano Black Power (por ejemplo, Stokely Carmichael² o Eldridge Cleavers³)- ligó en el plano simbólico y práctico las luchas de descolonización del Sur Global con la movilización de los grupos más marginales, excluidos y discriminados (las “colonias internas” según la Nueva Izquierda) de las metrópolis.

² Dirigente de la organización Student Non Violent Coordinating Comitee (SNCC), integrante del Black Power. Participó en la Conferencia Tricontinental (Mayer, 2011: 116).

³ Dirigente y ministro de Información del Black Panthers Party (PPP) hasta 1971. Estando en libertad condicional después de asaltar una patrulla policial en Oakland, huyó en 1968 a Cuba (Mokhtefi, 2017: 98).

Ernesto “Che” Guevara era uno de los personajes más emblemáticos para la construcción de una posición tercermundista basada en la premisa de una convergencia posible entre sociedades histórico y culturalmente diferentes que compartían la experiencia de enfrentamiento con las potencias imperialistas, la descolonización y la condición del subdesarrollo. En diversos discursos y escritos se expresaba también una toma de distancia frente a la Unión Soviética y China, así como la reivindicación de posturas e intereses independientes de los países del Sur Global que trascendían las lógicas de la confrontación bipolar de la Guerra Fría. Estos posicionamientos se perciben claramente en los planteamientos relativos a la lucha armada, las referencias directas e indirectas a la experiencia vietnamita y la centralidad de la estrategia guerrillera por encima de otras formas de protesta y lucha social:

... podrá ser o no el momento actual el indicado para iniciar la lucha, pero no podemos hacernos ninguna ilusión, ni tenemos derecho a ello, de lograr la libertad sin combatir. Y los combates no serán meras luchas callejeras de piedras contra gases lacrimógenos, ni de huelgas generales pacíficas; ni será la lucha de un pueblo enfurecido que destruya en dos o tres días el andamiaje represivo de las oligarquías gobernantes; será una lucha larga, cruenta, donde su frente estará en los refugios guerrilleros, en las ciudades, en las casas de los combatientes –donde la represión irá buscando víctimas fáciles entre sus familiares- en la población campesina masacrada, en las aldeas o ciudades destruidas por el bombardeo enemigo (Guevara, 2006: 33-34).

El principio de solidaridad con las luchas políticas y militares de descolonización en cualquier lado del mundo era otra marca del tercermundismo guevarista. Así, por ejemplo, en el discurso pronunciado en el 2do Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática en Argel (1965), el dirigente revolucionario insistía en la necesidad de apoyarse mutuamente para derrotar al imperialismo: “No hay fronteras en esta lucha a muerte, no podemos permanecer indiferentes frente a lo que ocurre en cualquier parte del mundo, una victoria de cualquier país sobre el imperialismo es una victoria nuestra, así como la derrota de una nación cualquiera es una derrota para todos” (Guevara, 1965). El éxito de Cuba para interpelar los mundos del activismo de la Nueva Izquierda residía, entonces, no sólo en la legitimación de la acción directa y el voluntarismo foquista, sino en una promesa de inclusión: todos/as – independientemente de la nacionalidad, de si provenían de un país periférico o de la metrópolis imperialista-, podían formar parte de la gran promesa de liberación nacional, descolonización y transformación socialista siempre y cuando estuvieran dispuestos a adherirse a la vía armada como estrategia de lucha:

Y que se desarrolle un verdadero internacionalismo proletario; con ejércitos proletarios internacionales, donde la bandera bajo la que se luche sea la causa sagrada de la redención de la humanidad, de tal modo que morir bajo las enseñas de Viet Nam, de Venezuela, de Guatemala, de Laos, de Guinea, de Colombia, de Bolivia, de Brasil, para citar sólo los escenarios actuales de la lucha armada, sea igualmente gloriosa y apetecible para un americano, un asiático, un africano y, aún, un europeo. Cada gota de sangre derramada en un territorio bajo cuya bandera no se ha nacido, es experiencia que recoge quien sobrevive para aplicarla luego en la lucha por la liberación de su lugar de origen (Guevara, 2006: 34).

Si bien el tópico político-militar ocupaba un lugar central en la noción de solidaridad y cooperación simbolizada por el proceso cubano, no era lo único. Un lugar igualmente importante ocupaba la dimensión económica, con la insistencia en la necesidad de un desarrollo orientado a la superación de las relaciones de explotación capitalista y en el papel asignado a los aliados del bloque oriental para lograr estos objetivos:

Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del Occidente. (...) Un gran cambio de concepción consistirá en cambiar el orden de las relaciones internacionales; no debe ser el comercio exterior el que fije la política, sino, por el contrario, aquel debe estar subordinado a una política fraternal hacia los pueblos (Guevara, 1965).

También en estos aspectos de cooperación técnica y civil, era crucial la disposición de entrega individual total a un proyecto colectivo. En este sentido, en una reflexión sobre las necesidades de los países subdesarrollados en términos económicos, técnicos y educativos, Guevara señalaba el aporte y la importancia de los técnicos enviados por los países socialistas como transmisores de conocimientos y prácticas:

...los técnicos que vienen a nuestros países deben ser ejemplares. Son compañeros que deberán enfrentarse a un medio desconocido, muchas veces hostil a la técnica, que habla una lengua distinta y tiene hábitos totalmente diferentes. [...] los países hermanos nos han enviado cierto número de técnicos que han hecho más por el desarrollo de nuestro país que diez institutos y han contribuido a nuestra amistad más que diez embajadores o cien recepciones diplomáticas (Guevara, 1965).

En la década de 1960, Cuba representaba para la Nueva Izquierda internacional una promesa de inclusión dentro de un proyecto político radical y revolucionario a través de la participación y cooperación solidaria que no se limitaba a la lucha armada sino incluía otras formas de práctica política y acción directa. Estas promesas resultaban especialmente atractivas para un segmento de intelectuales y militantes de la Nueva Izquierda, para quienes el apoyo a la revolución cubana expresaba también una manera de protestar y posicionarse críticamente en contra de sus propios Estados y gobiernos. Por esto, intelectuales como Jean Paul Sartre, Simone de Beauvoir o Charles Wright Mills, visitaban la isla, así como militantes de los movimientos afroamericanos radicales (Mayer, 2011: 114-116). Y también lo demuestra la movilización activista en los países centrales, como en el caso de las Brigadas Venceremos que incitaba cada año a ciudadanos estadounidenses para que viajaran a Cuba y transgredieran de esta manera las prohibiciones de viaje de su gobierno. Durante sus estancias, los integrantes viajaban por el país, participaban en discusiones sobre la situación política y social de Cuba y colaboraban, acompañados por cuadros selectos de las organizaciones sociales del Partido Comunista Cubano, en proyectos productivos, agricultura o la construcción de casas. Ciertamente, estas visitas estaban organizadas y conducidas por las instancias del Estado cubano, lo cual significaba visiones sesgadas respecto al proceso, los conflictos y las políticas cubanas, no obstante, para los y las activistas internacionalistas significaba también conocer más de cerca un proyecto que prometía realizar una utopía distinta al socialismo soviético y que parecía inspirado tanto en las tradiciones de la izquierda socialista de los países occidentales como en los movimientos de descolonización y liberación nacional en África y Asia (Cluster, 2009).

La intensidad de los procesos y la magia de los símbolos contribuyó a que posicionarse (de manera positiva o negativa) ante Cuba se volviera (sobre todo, pero no exclusivamente en

América Latina) un principio de identificación y, por ende, de diferenciación en el campo político, sobre todo en relación con los partidos comunistas y las organizaciones nacional-populares, así como en el campo intelectual y artístico, como lo demuestra de manera magistral el estudio de Gilman (2003). Durante la década de 1960, Cuba representaba una serie de valores, principios de acción, y posturas internacionales que lograron trascender y permanecer en el campo simbólico a pesar de los cambios profundos en la política cubana hacia fines de la década de 1960 y principios de 1970: el creciente alineamiento de Cuba con la Unión Soviética, ejemplificado en el apoyo de Fidel Castro a la intervención soviética en Checoslovaquia; la institucionalización y creciente control estatal y partidista sobre los debates de los intelectuales y la actividad artística (el caso Padilla) y el acercamiento del gobierno cubano a diversos gobiernos latinoamericanos de índole desarrollista y nacionalista, como los gobiernos militares de Velázquez Alvarado en Perú o de Alfredo Ovando y Juan José Torres en Bolivia. La (re)inserción de Cuba al sistema interamericano constatado por Tanya Harmer (2013) para la década de 1970, no excluía de todo el apoyo simbólico y también material a grupos guerrilleros de la región, aunque sí fue más moderado que en la década anterior y enfocado sobre todo en movimientos armados provenientes de países con gobiernos dictatoriales y explícitamente anticomunistas y anticastristas, como era el caso de Nicaragua bajo Somoza, El Salvador o el régimen de Augusto Pinochet.

Centroamérica, 1980: “La solidaridad es la ternura entre los pueblos” (Gioconda Belli)

Veinte años después de la revolución cubana, los acontecimientos en Centroamérica parecían ensanchar una vez más el campo de lo posible y las esperanzas colectivas respecto a la posibilidad de la revolución. Pero a pesar de que la movilización social y la radicalización política en El Salvador y Guatemala durante las décadas de 1970 y 1980 puso en apuros a los gobiernos autoritarios de sus respectivos países, y el triunfo sandinista en julio de 1979 revalidó la estrategia armada como instrumento legítimo y funcional para enfrentar una dictadura anti-popular, el impacto geopolítico y simbólico de los movimientos revolucionarios centroamericanos fue más limitado que, en su momento, la influencia cubana. Al respecto, Wright (1991) señala que esto se debe, principalmente, al carácter de la única revolución triunfante en la región y de sus principales protagonistas, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), cuyas políticas domésticas e internacionales desde el gobierno fueron moderadas a diferencia del avance y de la orientación que tuvo Cuba en su momento (p. 176). Si bien no se negó el estrecho vínculo con Cuba, ni la solidaridad y simpatía con otros movimientos armados de la región y del Sur Global, el gobierno revolucionario prometió desde sus principios instituir un régimen con pluralismo político, una economía mixta y una política exterior de no alineamiento (Vilas y Harris, 1985).

Pero en la proyección y trascendencia internacional del triunfo sandinista y, en general, del proceso revolucionario centroamericano, incidieron también los cambios en la situación geopolítica, el contexto regional y las orientaciones y simpatías del activismo transnacional. Es sabido el rol central que jugaron las políticas de la administración de Ronald Reagan para revertir por medio de la injerencia militar y económica los procesos insurreccionales centroamericanos. Por otra parte, los golpes cívico-militares inspirados en la Doctrina de Seguridad Nacional y el uso del terrorismo de Estado para desarticular movimientos populares contestatarios durante la década de 1970 no sólo relativizaron las esperanzas del activismo transnacional en la inminencia de la revolución, también incidieron en la reformulación de los marcos discursivos para movilizar los apoyos internacionales. Sin que la lucha armada dejara de ocupar un lugar central en el ideario militante como símbolo de entrega total a la causa y máxima expresión de la práctica revolucionaria, los objetivos se

fueron modificando pasando poco a poco de la transformación socialista hacia la instalación (o restauración) de la democracia política y social. En los reacomodos de los marcos discursivos para justificar la movilización en contra de Estados y gobiernos represores el tópico de los derechos humanos adquirió una, hasta entonces, inédita relevancia dentro de los imaginarios de la izquierda, gracias a, por un lado, la difusión de testimonios y denuncias de los sobrevivientes de la extrema e ilegal violencia estatal en el marco de los Estados de Seguridad Nacional, y por otro, el significado político y simbólico del golpe de Estado en Chile para toda una generación de la izquierda internacional, más allá de sus sectores radicalizados,⁴ así como el involucramiento en la solidaridad con Centroamérica de un sector de la Iglesia Católica influenciado por la teología de la liberación, que se sintió agraviado por la persecución y los asesinatos a religiosos cometidos directamente por fuerzas gubernamentales o con su complicidad.

La centralidad de los derechos humanos como tópico para interpelar a un segmento social e ideológicamente mucho más diverso (que en el caso cubano), el proceso centroamericano y, sobre todo nicaragüense, se volvieron referentes para organizaciones radicales y grupos armados en América Latina, los cuales analizaron de distintas maneras cómo incorporar las estrategias exitosas del FSLN en sus propias formas de lucha antidictatorial. Como ejemplo paradigmático se debe mencionar el caso del Partido Comunista Chileno (PCCh) y la incorporación de la lucha armada a la estrategia insurreccionalista de la Política de Rebelión Popular de Masas que se formuló a principios de la década de 1980 para enfrentar al gobierno militar de Augusto Pinochet. Entre las justificaciones para la reorientación de la estrategia comunista en su lucha antidictatorial, el triunfo sandinista fue un elemento central para, por una parte, devolver la certeza entre la militancia comunista que en América Latina seguía siendo posible derrocar una dictadura por medio de una combinación de movilización insurreccional, el uso de las armas y la construcción de alianzas políticas y, por otra parte, sustituir la tesis del “partido de vanguardia” marxista-leninista sin influencia de otras culturas políticas y revolucionarias como motor de la lucha antidictatorial, por el concepto de “vanguardia compartida” y el reconocimiento del “pluralismo político dentro del sujeto revolucionario” (Álvarez Vallejos, 2006: 139).⁵

Sin dejar de reconocer su trascendencia internacional (regional), el triunfo sandinista tuvo su mayor impacto y significado (por supuesto) en organizaciones y revolucionarios de Centroamérica y México. La unificación formal de las tendencias del FSLN en marzo de 1979⁶, como preámbulo y condición previa para capitalizar políticamente el apoyo popular,

⁴ La centralidad de la experiencia chilena (desde el gobierno de la Unidad Popular, el golpe de Estado y el régimen de Pinochet) para el activismo transnacional a favor de los procesos centroamericanos –como antecedente de politización para muchos activistas y la incorporación del marco discursivo de derechos humanos–, está documentado en diversos estudios de casos nacionales. Véase, por ejemplo, Camacho Padilla y Ramírez Palacio (2016) sobre la solidaridad internacional en Suecia, o el trabajo de van Ommen (2016) sobre la solidaridad holandesa con la Revolución Sandinista. Para el caso de Italia y El Salvador, la activación de las redes transnacionales de católicos a partir de resignificar las represalias y asesinatos de religiosos y laicos por fuerzas estatales como nuevas formas de persecución del trabajo pastoral ha sido estudiado por Massimo De Guiseppe (2016).

⁵ La Política de Rebelión Popular de Masas del PCCh ensambló un repertorio amplio de formas de lucha que incluía formas de acción institucional y acción directa (formación de alianzas con fuerzas democráticas, lucha electoral, huelga general, lucha armada, etcétera) con el fin de derrocar la dictadura y reinstaurar un régimen democrático en Chile. En este sentido, la vía armada fue considerada un método para la lucha democrática antidictatorial, más que una estrategia para el triunfo del Socialismo. Agradezco a Omar Núñez Rodríguez las observaciones con respecto al PCCh.

⁶ En 1975 el FSLN se dividió en tres tendencias: Tendencia Guerra Popular Prolongada, Obrera e Insurreccional o Tercercista.

ponerse a la cabeza de las fuerzas anti-somocistas y, de esta manera, hacerse del control del aparato estatal, sirvió de lección -junto a la insistencia directa de Fidel Castro-, para que las organizaciones político-militares de El Salvador y Guatemala se agruparan en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y en la Unión Revolucionaria Nacional Guatemalteca (URNG) respectivamente, para coordinar las principales ofensivas armadas, así como las estrategias diplomáticas en el ámbito internacional (Oñate, 2011: 136ss.). Para los revolucionarios centroamericanos, Nicaragua se volvió una retaguardia y un centro de operaciones estratégico para el funcionamiento del aparato político-diplomático, para reunir a la dirigencia político-militar, planificar campañas diplomáticas internacionales, pero también para pasar armamento, asegurar asistencia médica y periodos de descanso y rehabilitación para sus combatientes. Por último, la habilidad sandinista –específicamente de la Tendencia Tercerista- de atraer la solidaridad y cooperación internacional desde la Internacional Socialista hasta grupos de solidaridad afines a los principios de la Nueva Izquierda- enfatizando la dimensión popular, masiva y antidictatorial del sandinismo, inspiró estrategias innovadoras de comunicación para interpelar a un público internacional ideológicamente diverso. Por ejemplo, las investigaciones de Eudald Cortina en torno a las estrategias de comunicación de la insurgencia salvadoreña, señalan de qué manera el impacto exitoso de la imagen del “muchacho”, empleado por los sandinistas para resaltar el carácter popular, joven y masivo del movimiento armado inspiró a la insurgencia salvadoreña a difundir por medio de sus aparatos de prensa las caras y biografías tanto de combatientes anónimos como de sus principales dirigentes político-militares para contrarrestar la representación del guerrillero como terrorista anónimo y violento difundida por los medios gubernamentales (Cortina Orero, 2016).

El reconocimiento del pluralismo político y sectorial en el sujeto revolucionario (Diskin, 1993) –legado de la revolución cubana pero también apropiación local de los insumos teóricos de la Nueva Izquierda para ajustar la teoría revolucionaria a las realidades sociales y culturales de las propias sociedades- se expresó también en la importancia de organizaciones civiles y populares (en las cuales participaron militantes de las organizaciones político-militares) para establecer vínculos con comités y movimientos sociales en Estados Unidos, Europa y México. Para acceder a muestras públicas de apoyo y recolectar fondos, en el caso de Nicaragua, el trabajo de solidaridad, después del triunfo sandinista, se realizó a través de los grupos de base y organizaciones de masa cercanas al FSLN (Perla, 2009: 123), en el caso de El Salvador cada una de las organizaciones político-militares del FMLN atendía y cuidaba a sus contactos y redes de solidaridad en diversas partes del mundo (Pirker y Núñez Rodríguez, 2016: 293). Lo mismo buscaba realizar la URNG, aunque de manera mucho más limitada y precaria debido a vínculos más débiles con movimientos y organizaciones populares en Guatemala y la falta de contactos previos con actores sociales y partidos políticos en Europa y Estados Unidos (Macleod, 2011/2012: 232). Pero en todos los casos, la realización de eventos públicos resultó central para denunciar la violencia estatal y la complicidad estadounidense, así como para mostrar públicamente los apoyos sociales a los procesos revolucionarios. Casos emblemáticos de la escenificación pública de la solidaridad fueron, por ejemplo, el Tribunal Permanente de los Pueblos (México, del 9 al 12 de febrero de 1981) impulsado por intelectuales y activistas de diversos países para denunciar la participación estadounidense en las violaciones a los derechos humanos en El Salvador, o el Encuentro Internacional de Solidaridad con Nicaragua (del 26 al 31 de enero de 1981 en Managua) que contó con representantes de comités de solidaridad de más de 30 países. Para resaltar la importancia de estos actores para la intervención en la opinión pública internacional a favor de la revolución sandinista, toda la Dirección Nacional del FSLN asistió a la inauguración del evento (van Ommen, 2016).

Los estudios de caso sobre la organización de la solidaridad en diferentes países permiten identificar tres ejes temáticos que articularon el activismo transnacional de los movimientos revolucionarios centroamericanos: la denuncia a los gobiernos represivos y excluyentes de la región, la reivindicación de los derechos humanos y de la justicia social y, por último, la lucha en contra del intervencionismo estadounidense y por la soberanía nacional. Cada uno de los tres ejes incluía tópicos e imágenes que, al mismo tiempo que encuadraban dentro de la narrativa y el modelo emanados de la revolución cubana, apuntaban también hacia nuevas prácticas y discursos políticos que respondían a las experiencias nacionales propias y a la nueva coyuntura internacional.

En primer lugar, como ya se señaló previamente, la experiencia nicaragüense permitió recuperar la convicción que la lucha armada seguía siendo una estrategia legítima para derrotar a dictaduras cívico-militares. Tal como señala De Guiseppe (2016), en países como El Salvador el alarmante incremento de víctimas de la violencia contrainsurgente, después de la revolución triunfante en el país vecino, impulsó incluso a círculos católicos nacionales e internacionales a reconocer implícita o explícitamente (como en el caso de Socorro Jurídico, departamento del arzobispado de San Salvador para atender las violaciones a los derechos humanos) la opción insurgente como una solución válida para poner fin al terrorismo de Estado. No obstante lo anterior, la vía armada tendió a perder el significado mítico adquirido en los primeros años de la revolución cubana como sinónimo de lucha anticapitalista. Si bien durante la década de 1970, las organizaciones político-militares en la región, en múltiples debates ideológicos internos, habían reafirmado su identidad marxista-leninista insistiendo en que el único camino para superar la dependencia, desigualdad y exclusión política era la transformación socialista para la cual la lucha armada era casi imprescindible, el tránsito, a partir de 1980/1981, de la movilización insurreccional a guerras civiles en El Salvador y Guatemala, así como el inicio de las operaciones de la Contra en Nicaragua, modificó los objetivos políticos para los cuales se buscaban aliados internacionales tanto en el ámbito gubernamental como no gubernamental: en esta situación, la defensa de los derechos humanos —a diferencia de la lucha anticapitalista en pro de la transformación socialista— permitía movilizar apoyos de un espectro ideológico más amplio que el activismo de la Nueva Izquierda y de los grupos revolucionarios, desde gobiernos civiles latinoamericanos hasta los socialdemócratas europeos y las redes transnacionales de la iglesia católica, retomando para tal fin tópicos, símbolos y modalidades de organización provenientes de las movilizaciones en contra del autoritarismo militar en el Cono Sur, y centrados en el principio de revalorar el derecho a la vida y la integridad física de las personas independientemente de su afiliación ideológica. Un papel importante en la movilización internacional de apoyos dentro de este eje, jugaron los religiosos centroamericanos, como el sacerdote Ernesto Cardenal para el caso de Nicaragua o Monseñor Oscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador asesinado en 1980. Los autores Ágreda Portero y Helm (2016) señalan, al respecto, que tanto en España como en Alemania, la presencia de personajes reconocidos, como el mencionado Ernesto Cardenal, el escritor Sergio Ramírez o el cuadro sandinista Enrique Schmidt Cuadra, fue decisiva para la fundación de comités de solidaridad. Por su parte, Massimo De Guiseppe (2016) reafirma la importancia de Monseñor Oscar Arnulfo Romero no sólo por su papel para abrir la iglesia salvadoreña a las organizaciones populares, sino también como activista transnacional que aprovechaba las redes católicas y su propia proyección internacional para denunciar el carácter represivo del gobierno salvadoreño y exigir públicamente al gobierno de James Carter la suspensión de la ayuda estadounidense para las Fuerzas Armadas salvadoreñas. En el caso guatemalteco, según Macleod (2011/2012), los aliados internacionales de la guerrilla y sus exiliados usaron de manera estratégica la denuncia de los atropellos de los derechos

humanos y, específicamente, de la violencia militar en contra de los pueblos indígenas para despertar un mayor apoyo en los círculos de la solidaridad y cooperación internacional (pp. 232-233).

Así como la agenda de derechos humanos facilitó la convergencia transnacional de activistas provenientes de distintos lugares y sectores: izquierdas radicales y socialdemócratas, sindicalistas preocupados por la violencia dirigida hacia trabajadores organizados, cristianos interpelados por la persecución de la iglesia popular; la bandera de la justicia social, como promesa y principio para orientar la lucha en contra de la pobreza y la desigualdad, permitió encuadrar el apoyo a la movilización revolucionaria centroamericana dentro de las narrativas globales de luchas históricas de los movimientos sociales para reivindicar los principios normativos de un nuevo orden social basado en reciprocidades solidarias, responsabilidades colectivas y funciones redistributivas del Estado. Si El Salvador y Guatemala fungieron como ejemplos paradigmáticos para denunciar las violaciones a los derechos humanos por las fuerzas estatales (Camacho Padilla y Ramírez Palacio, 2016), la Nicaragua sandinista sirvió de caso contrastante y positivo para simbolizar la concreción de las promesas revolucionarias en un Estado preocupado por la transformación de las condiciones de vida de su población. Pero a diferencia del caso cubano, Nicaragua planteaba que la ruptura con el capitalismo no era condición necesaria para encarar de manera inmediata el problema de la pobreza y la exclusión social. En cambio se señalaba que la instalación de una economía mixta con un fuerte componente estatal y acompañado por la instrumentación de políticas sociales redistributivas permitiría enfrentar la desigualdad estructural sin tener que tensar demasiado las relaciones nacionales e internacionales con las potencias capitalistas. En este mismo sentido, el peso simbólico otorgado por el gobierno nicaragüense a las políticas de educación y salud como mecanismos de integración y democratización social permitía enganchar el proyecto sandinista con las expectativas de cambio de la izquierda socialdemócrata europea. Otra manera para mantener las simpatías del activismo transnacional, después de la derrota de la dictadura somocista, e interpelar incluso a gobiernos y líderes socialdemócratas (como Olof Palme de Suecia o Bruno Kreisky de Austria) fueron los esfuerzos estatales por reconstruir la infraestructura destruida por la guerra en contra de Somoza (Blecha, 2016).

Los estudios de caso (van Ommen, 2016; Ágreda Portero y Helm, 2016) dan cuenta de las contradicciones que emanaron conforme avanzaba la década de 1980 y continuaba la agresión contrarrevolucionaria, entre, por una parte, las expectativas generadas por la asunción del FSLN al gobierno, su discurso político de democratización y reconocimiento de derechos y, por otra parte, las acciones gubernamentales que restringían derechos civiles como, por ejemplo, la suspensión del derecho a huelga o el comportamiento represivo de las fuerzas estatales en contra de sectores de la oposición anti-sandinista y, específicamente, en la Costa Atlántica. La interpretación de estas contradicciones de la revolución sandinista generaba fricciones y distanciamientos dentro del activismo transnacional en pro de la Nicaragua sandinista, pero también creó nuevos propósitos para la acción y estrategias de comunicación para contrarrestar una información mediática sesgada a favor de la oposición antisandinista y la administración estadounidense. Con base en información obtenida por lo general de funcionarios gubernamentales y partidistas del FSLN, así como de periodistas, cooperantes y activistas internacionalistas con residencia en Nicaragua, una novedosa línea de acción del activismo transnacional europeo y estadounidense empezó a enfocarse en la difusión de datos y narrativas alternativas que permitirían contextualizar las acciones sandinistas en el marco de la agresión contrarrevolucionaria y la injerencia estadounidense. A pesar de que la información alternativa tuvo poco impacto en los grandes medios de

comunicación, los grupos y activistas de solidaridad contribuyeron a la consolidación de un circuito de revistas alternativas sobre problemas de desarrollo, las relaciones Norte-Sur y el papel de las potencias imperialistas y los países industrializados que, en algunos casos, existe hasta el día de hoy (Blecha, 2016; Camacho Padilla y Ramírez Palacio, 2016; Ágreda Portero y Helm, 2016).

Posiblemente el tercer tópico –la lucha en contra del intervencionismo estadounidense y por el reconocimiento del derecho a la soberanía nacional- presenta la mayor continuidad con un marco discursivo y un imaginario anti-imperialista y anti-americano histórico que, además, permitía conectar activistas provenientes de distintos orígenes geográficos y nacionales. Como bien señala Héctor Perla (2008), para el caso estadounidense, las redes organizativas de solidaridad con Centroamérica formadas inicialmente por activistas exiliados dentro de la diáspora centroamericana, se extendieron para conectarse con personas y organizaciones provenientes del movimiento de derechos civiles, eclesiales, pacifistas o anti-militaristas de origen estadounidense. Con el recrudecimiento de las políticas intervencionistas de la administración de Ronald Reagan, estas redes unieron a ciudadanos salvadoreños, nicaragüenses, guatemaltecos y estadounidenses en torno al objetivo común de denunciar y detener la intervención estadounidense a favor de los gobiernos de derecha en Centroamérica, y el asedio al gobierno sandinista (pp. 9-10). En los países de Europa Occidental, la denuncia del intervencionismo estadounidense buscaba cuestionar el alineamiento de la mayoría de los gobiernos europeos con las estrategias estadounidenses para aislar a la Nicaragua sandinista con la justificación de su cercanía con el bloque soviético y Cuba. Para fundamentar mejor las denuncias –y siguiendo el discurso público y la estrategia comunicativa de las organizaciones revolucionarias centroamericanas-, se insistía en las causas internas de desigualdad, pobreza y el carácter antidemocrático de las elites gobernantes como factores causantes de los conflictos armados. En cambio, se resaltaba el arraigo nacional y popular de los movimientos armados, restándole al mismo tiempo centralidad a la participación e involucramiento de extranjeros dentro de las estructuras político-militares, o admitiendo sólo su apoyo en tareas de carácter civil (educación, salud, etcétera). De esta manera el activismo transnacional a favor de las revoluciones centroamericanas contribuyó al fortalecimiento y la actualización de la imagen del imperialismo estadounidense como actor activo y presente en el Sur Global que, con el objetivo de imponer sus intereses y posición geopolíticos, impide hasta el día de hoy procesos de democratización política y los esfuerzos endógenos para lograr la soberanía y el desarrollo nacional.

A modo de conclusión

A partir de revisar varios estudios de casos sobre expresiones nacionales de la solidaridad con Centroamérica, en las décadas de 1970 y 1980, este artículo buscó indagar de qué manera las narrativas y claves de lectura proporcionadas por la revolución cubana se reprodujeron en los temas y reivindicaciones promovidas por el activismo transnacional de las revoluciones centroamericanas. Las afinidades temáticas y simbologías –especialmente en lo relacionado con la lucha armada y con la figura del guerrillero- reflejan las continuidades que permiten hablar de un mismo ciclo e imaginario de movimientos revolucionarios. No obstante la familiaridad derivada de Cuba como “revolución-modelo” para toda una generación de militantes revolucionarios, la revisión de casos también da cuenta de las modificaciones y ajustes de significados por medio de los cuales el activismo acomodó las estrategias y discursos en función de nuevas situaciones y una nueva coyuntura regional. En este sentido la identificación de los ejes temáticos que sirvieron para justificar la movilización y los apoyos solidarios internacionales a favor de los procesos centroamericanos es ilustrativa. Mientras los

tópicos de la lucha por la igualdad y justicia social y en contra de la injerencia estadounidense reflejan las continuidades de los imaginarios propios del activismo socialista, antiimperialista y de liberación nacional, la introducción de los derechos humanos como principio de legitimación para movilizar apoyos solidarios de grupos más amplios y diversos en cuanto a su ideología, origen sectorial y geográfico, apuntan a los cambios y ajustes en las representaciones colectivas del activismo transnacional que iban a caracterizar el mundo de la posguerra fría. Para los revolucionarios centroamericanos el “descubrimiento” de los derechos humanos como una temática apropiada para ampliar los apoyos transnacionales se debía tanto al procesamiento de las experiencias propias con la extrema violencia contrainsurgente hacía fines de la década de 1970, como a la transferencia de prácticas, símbolos y discursos provenientes de otros movimientos de solidaridad, específicamente, con las víctimas del terrorismo de Estado de los países del Cono Sur. En este sentido, las frases -”El deber de cada revolucionario es hacer la revolución” (Fidel Castro) y “La solidaridad es la ternura entre los pueblos” (la poeta nicaragüense Gioconda Belli)- usadas como subtítulos en este artículo, permiten ilustrar los ajustes de estilo y distintos énfasis que caracterizaron dos momentos del activismo transnacional, uno vinculado a la Cuba de la década de 1960 y otro a la región centroamericana de la década de 1980. Pero, también, hacen referencia a los cambios en el ambiente de época al inicio y al final del ciclo revolucionario inaugurado por el triunfo cubano.

Queda aún por responder la pregunta por el significado de la solidaridad y la cooperación internacional para las identidades y trayectorias políticas del activismo transnacional que en otros países apoyaban las revoluciones latinoamericanas sintiéndose parte de un universalismo internacionalista que compartía como fin la transformación de un mundo social global caracterizado por la desigualdad y la dependencia entre los países del Sur y del Norte. En este sentido, la noción de Nueva Izquierda sigue siendo un término funcional y sugerente para comprender las dinámicas, anhelos, afinidades y tensiones de este universalismo. El énfasis que la Nueva Izquierda puso en la redefinición y ampliación de la noción del sujeto revolucionario más allá de la clase obrera industrial, y en la acción directa como una práctica que no sólo permitiría impulsar procesos de movilización y reclutar a nuevos miembros para las organizaciones, sino también un medio para radicalizar demandas y confrontaciones hasta desencadenar procesos revolucionarios (Katsiaficas, 1987: 21-27), hizo posible que los movimientos armados de Cuba y Centroamérica despertaran simpatías y disposiciones de colaboración no sólo dentro de los circuitos del activismo radical(izado) sino también entre colaboradores y simpatizantes que no pensaban que la lucha armada era una opción viable y deseable para la transformación social de sus propios países.

Pero a pesar de que hoy muchos de los discursos que caracterizaron en su momento el ciclo de las revoluciones armadas inspiradas en el modelo cubano parecen “fuera de lugar” y “pasado de moda”, no todos los símbolos o prácticas han desaparecido. Más bien parecería que han contribuido a la conformación de “sedimentos de significados” (Eliasoph y Lo, 2012: 776), que integran las representaciones colectivas de un activismo transnacional comprometido con la lucha por los derechos humanos y que considera la injerencia de potencias mundiales y empresas transnacionales como obstáculos al desarrollo y la democracia en los países del Sur Global. En este sentido, la pregunta por el legado de la revolución cubana y de los movimientos de solidaridad con Centroamérica sigue siendo válida tanto para recuperar las memorias colectivas de un periodo central para la historia reciente del continente, como para comprender las lógicas de la acción colectiva y las dinámicas de una movilización social transnacional que, hoy en día, vincula activismos del Norte con el Sur Global.

Bibliografía

Ágreda Portero, José Manuel y Helm, Christian (2016): “Solidaridad con la revolución sandinista. Comparativa de redes transnacionales: Los casos de la república federal de Alemania y España”, *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas* [en línea], n° 17. Consultado el 20 de mayo de 2017. Disponible en línea en <http://revistas.um.es/navegamerica/article/view/271921>

Álvarez Vallejos, Rolando (2006): “Los orígenes de la rebelión popular en el Partido Comunista de Chile” en Valdivia, Verónica; Álvarez, Rolando y Pinto, Julio (2006): *Su revolución contra nuestra revolución. Izquierdas y derechas en el Chile de Pinochet (1973-1981)*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, pp. 101-152.

Arrighi, Giovanni; Hopkins, Terence K. y Wallerstein, Immanuel (1999): *Movimientos antisistémicos*, Akal, Madrid.

Baczko, Bronislaw (2005): *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Nueva Visión, Buenos Aires.

Benford, Robert D. y Snow David A. (2000): “Framing Processes and Social Movements: An Overview and Assesment”, *Annual Review of Sociology*, No.26, pp. 611-639.

Blecha, Laurin (2016): “Vietnam in Latin America! The Nicaraguan Revolution in the Austrian Press”, *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, [En línea], n° 17, 2016, Consultado el 20 de mayo de 2017. Disponible en línea en <http://revistas.um.es/navegamerica/article/view/271891>

Camacho Navarro, Enrique (1997): “La Legión del Caribe. La insurrección democrática en Centroamérica y el Caribe (1940-1954)”, en Sosa, Ignacio (coord.), *Insurrección y democracia en el Circuncaribe*, CCyDEL/UNAM, México, pp. 47-74.

Camacho Padilla, Fernando, y Ramírez Palacio, Laura (2016): “Las imágenes de las guerrillas centroamericanas en las redes de la solidaridad internacional de Suecia”, *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, [En línea], n° 17, 2016, Consultado el 20 de mayo de 2017. Disponible en línea en <http://revistas.um.es/navegamerica/article/view/271901>

Cluster, Dick (2009): “The Venceremos Brigade. A Sixties Political Journey”, *ReVista. Harvard Review of Latin America*, [En línea], n° 2, Vol. VIII, invierno 2009. Consultado el 20 de julio de 2017. Disponible en línea en <https://revista.drclas.harvard.edu/book/venceremos-brigade>

Cortina Orero, Eudald (2016): “Discursos en (R)evolución. Lucha ideológica y captación de solidaridad en el movimiento revolucionario salvadoreño”, *Nave@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, [En línea], n° 17, 2016, Consultado el 20 de mayo de 2017. Disponible en línea en <http://revistas.um.es/navegamerica/article/view/271911>

De Guiseppe, Massimo (2016): “Italia frente a la guerra civil salvadoreña: la iglesia, movimientos religiosos, denuncias jurídicas e iniciativas políticas”, *Nuevo Mundo Mundos*

Nuevos. Colloques, [En línea], octubre 2016, Consultado el 25 de mayo de 2017. Disponible en línea en <https://nuevomundo.revues.org/69633>

Diskin, Martin (1993): “Campesinos e indios: nuevos sujetos históricos en Centroamérica”, en Vilas, Carlos M. (coord.), *Democracia emergente en Centroamérica*, CEIICH/UNAM, México, pp. 65-83.

Eliasoph, Nina, y Lo, Jade (2012): “Broadening Cultural Sociology Scope: Meaning Making in mundane organizational life”, en Alexander, Jeffrey C.; Jacobs, Ronald N. y Smith, Philip (editores), *The Oxford Handbook of Cultural Sociology*, Oxford University Press, Oxford/New York, pp. 763-787.

Fox, Jonathan (2005): “Unpacking 'transnational citizenship'”, *Annual Review of Political Science*, Vol. 8, 2005, pp. 171-201.

Galicia Martínez, Alejandra G. (2015): “Sandino en Ariel: representaciones del héroe en una revista antiimperialista”, en Kozel, Andrés; Grossi, Florencia y Moroni, Delfina (editores), *El imaginario antiimperialista en América Latina*, CLACSO/Ediciones del CCC, Buenos Aires, pp. 141-169.

Gilman, Claudia (2003): *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Guevara, Ernesto (2006): “Crear dos, tres... muchos Viet Nam, es la consigna”, en v.v.A.A., *Rebelión tricontinental. Las voces de los condenados de la tierra de África, Asia y América Latina*, Ocean Sur, La Habana, pp. 23-37.

Guevara, Ernesto (1965): “En la Conferencia Afroasiática en Argelia (24 de febrero de 1965)”, en *Che Guevara presente: Una antología mínima*. [En Línea]. Consultado el 15 de julio de 2017. Disponible en línea en <https://www.marxists.org/espanol/guevara/escritos/op/libros/presente/23.htm>

Harmer, Tanya (2013): “Two, Three, Many Revolutions? Cuba and the Prospects for Revolutionary Change in Latin America, 1967-1975”, *Journal for Latin American Studies*, Vol. 45, pp. 61-89.

Hernández, Rafael M (2009): “The Red Year. Politics, Society and Culture in 1968”, *ReVista. Harvard Review of Latin America*, [En línea], n° 2, Vol. VIII, invierno 2009. Consultado el 20 de julio de 2017. Disponible en línea en <https://revista.drclas.harvard.edu/book/red-year>

Katsiaficas, George (1987): *The Imagination of the New Left. A global analysis of 1968*, South End Press. Boston/Mass.

Macleod, Morna (2011/2012): “Comunidad internacional y derechos humanos en Chile y Guatemala”, *Bajo el Volcán. Revista del Posgrado de Sociología. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla*, n° 17, Vol. 11, 2011/2012, pp. 223-257.

Mayer, David (2011): *Trotzige Tropen-kämpferische Klio. Zur marxistisch inspirierten Geschichtsdebatten in Lateinamerika in den “langen 1960er Jahren” in transnationaler Perspektive*. (Tesis de doctorado no publicada). Institut für Wirtschafts und Sozialgeschichte, Universität Wien, Viena.

Mokhtefi, Elaine (2017): “Panther in Algerien. Eldridge Cleavers Exil im gelobten Land des Antikolonialismus”, *Lettre International*, n° 117, 2017, pp. 98-101.

Oñate, Andrea (2011): “The Red Affair: FMLN-Cuban Relations during the Salvadoran Civil War, 1981-92” *Cold War History*, n° 2, Vol. 11, 2011, pp. 133-154.

Palieraki, Eugenia (2014): “¿Bajo el signo de Fidel? La revolución cubana y la “nueva izquierda revolucionaria” chilena en los años 1960”, en Harmer Tanya y Riquelme Segovia, Alfredo, *Chile y la Guerra Fría global*, RiL Editoriales, Santiago de Chile, pp. 155-191.

Perla Jr., Héctor (2008): “Si Nicaragua venció, El Salvador vencerá. Central American Agency in the Creation of the U.S. -Central American Peace and Solidarity Movement”, *Latin American Research Review*, n° 2, Vol. 43, 2008, pp. 136-158.

Perla, Héctor (2009): “La revolución nicaragüense y la solidaridad internacional”, en Close, David y Martí i Puig, Salvador, *Nicaragua y el FSLN (1979-2009)*, edicions bellaterra, Barcelona, pp. 117-136.

Pirker, Kristina, y Núñez Rodríguez, Omar (2016): “'La revolución salvadoreña necesita de la solidaridad del pueblo mexicano'. Exilio salvadoreño y activismo político en la Ciudad de México”, en Vázquez Olivera, Mario y Campos Hernández, Fabián, *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época*, Bonilla Artigas Editores/UNAM-CIALC, México, pp. 285-308.

Reis Filho, Daniel (1990): *A revolucao faltou ao encontro. Os comunistas no Brasil*, Ed. Brasiliense, Sao Paulo.

Saull, Richard (2004): “El lugar del sur global en la conceptualización de la guerra fría: desarrollo capitalista, revolución social y conflicto geopolítico”, en Spenser, Daniela (editora), *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*, CIESAS/Ed. Porrúa, México, pp. 31-66.

Tarrow, Sidney (2004): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza Editorial, Madrid.

Taylor, Charles (2006): *Imaginario sociales modernos*. Paidós Básica, Barcelona.

van Ommen, Eline (2016): “The Sandinista Revolution in the Netherlands: The Dutch Solidarity Committees and Nicaragua (1977-1990)”, *Naveg@merica. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas* [En línea], n° 17, 2016. Consultado el 20 de mayo de 2017. Disponible en línea en <http://revistas.um.es/navegamerica/article/view/271861>

Vilas, Carlos M., y Richard Harris (1985): “Liberación Nacional, democracia popular y transición al socialismo”, en Vilas, Carlos M., y Richard Harris, *La revolución en Nicaragua. Liberación nacional, democracia popular y transformación económica*, Ediciones Era, México, pp. 331-350.

Wright, Thomas C (1991): *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*, Praeger, New York, Westport Connecticut, London.

Wünderich, Volker (1995): *Sandino. Una biografía política*, Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1995.